

# **VIII**

## **ESPIRITUALIDAD DE LA MÚSICA**

### **Y CANTO LITÚRGICO**

Abril de 1994

SOMELIT (Sociedad Mexicana de liturgistas)

## **“ESPIRITUALIDAD DE LA MÚSICA Y CANTO LITÚRGICO”**

*Abril de 1994*

*Artículo del Pbro. Luis Martínez Peñaloza M.SP.S  
presentado en el XVI Encuentro Nacional de  
Comisiones Diocesanas de Música Sacra en Colima.*

“Flor y Canto” llamaron nuestros abuelos indígenas a la experiencia de lo bello, de lo sagrado y de lo místico, en suma, a toda experiencia del espíritu.

El señor de Atzacotalco, en los días mismos en que la Virgen Santa María se imprimió en la humilde tilma de Juan Diego, cantaba vibrando de emoción:

**Yo me recreaba con el conjunto policromado  
de variadas flores de tonacaxóchitl  
que se esparcían, sobrecogidas y milagrosas,  
entreabriendo sus corales  
en presencia tuya, oh Santa María.**

**A la orilla del agua cantaba (Santa María):  
Yo soy la planta preciosa de lozanos capullos.  
Soy hechura del único, del perfecto Dios,  
pero soy la mejor de sus criaturas.**

**Tu alma, oh Santa María, está como viva en la pintura.  
Nosotros, los Señores, te cantábamos en pos del Libro Grande  
y le bailábamos con perfección.  
Y tú, obispo, padre nuestro,  
predicabas allí, a la orilla del lago.**

**Dios te creó, oh Santa María,  
Entre abundantes flores,  
y nuevamente te hizo nacer  
pintándote en el obispado.**

**Artísticamente se pintó.  
¡Oh, en el venerable lienzo tu alma se ocultó!  
Todo ahí es perfecto y artístico.  
¡Oh, yo aquí de fijo habré de vivir!**

**¿Quién tomará mi ejemplo? ¿Quién conmigo ira?  
¡Oh, postraos en torno suyo!  
¡Oh, cantad con perfección!  
Que mis flores y mis cantos  
se desgranen en su presencia.**

**Lloro, digo y advierto a mi alma  
que observe la verdadera razón de mi canto:  
¡Oh, que se funde, que prontamente sea hecha**

su casa terrenal!

Allí morarás, alma mía, flor distinguida  
que tu aroma difundes,  
mezclándolo al de nuestras flores.  
¡Oh, vibrantemente brotan mis cantares  
en loor del venerado y tierno fruto de nuestras flores  
que son su perenne adorno!

La flor del cacao su perfume va esparciendo  
difundiendo su aroma,  
la flor poyoma los caminos perfuma.  
Allí viviré yo, el cantor.  
¡Oh! ¡Oh! Oíd mis cantos que brotan tiernamente.

Así cantó el noble azteca en los albores de la Fe.

Por su parte, nuestros abuelos hispánicos, por boca del inmortal Fray Luis de León,  
se expresaron así sobre la música, como experiencia de lo divino:

El aire se serena  
y viste de hermosura y luz no usada,  
Salinas, cuando suena  
la música extremada  
por vuestra sabia mano gobernada.

A cuyo son divino  
el alma, que en olvido está sumida,  
torna a cobrar el tino  
y memoria perdida  
de su origen primera esclarecida.

Traspasa el aire todo  
hasta llegar a la más alta esfera,  
y oye allí otro modo  
de no precedera  
música, que es la fuente y la primera.

Y como está compuesta  
de números concordes, luego envía  
consonante respuesta  
y entre ambas, se porfia  
se mezcla una dulcísima armonía.

Aquí el alma navega  
por un mar de dulzura, y finalmente  
en él así se anega  
que ningún accidente  
extraño y peregrino oye y siente.

¡Oh desmayo dichoso!  
¡Oh muerte que das vida! ¡Oh dulce olvido!  
¡Durase en tu reposo  
sin ser restituido  
jamás a aqueste bajo y vil sentido!

A este bien os llamo,  
gloria del apolíneo sacro coro,  
amigos, a quien amo  
sobre todo tesoro,  
que todo lo visible es triste lloro.

**¡Oh! Suene de continuo  
Salinas, vuestro son en mis oídos,  
por quien al bien divino  
despiertan los sentidos,  
quedando a lo demás adormecidos.**

**(Oda a Salinas, Catedrático de Música de la Universidad de Salamanca y amigo suyo)**

Si esto sintieron los que nos dieron la sangre sobre la experiencia estética musical, cuánto subirá de punto el juicio estimativo, cuando se trata de aquella música y canto con que el hombre, en arrebatos ya no sólo humanos, sino divinos, ha querido alabar a Dios.

Por eso el Vaticano II, cuyos documentos no están elaborados con hipérboles literarias, sino con la verdad estricta, dice que la Música Sagrada “Constituye un tesoro de valor inestimable, que sobresale entre las demás expresiones artísticas” “expresando con mayor delicadeza la oración, fomentando la unanimidad, enriqueciendo con mayor solemnidad los ritos sagrados” (S.C. VI #112)

Ensayaremos, con la gracia de Dios, profundizar en este hecho, analizando los porqués o causas del mismo.

El porqué o causa de una realidad no es unívoco, sino análogo, es decir, incluye modos diferentes de influir en el ser del efecto, originándose así diferentes tipos de causas.

Se distinguen causas ***internas*** al efecto y causas ***externas*** a él.

Dentro de las internas se encuentran:

- la causa material, que es la materia de la que está hecho el efecto y
- la formal que es su esencia, lo que hace a una cosa ser lo que es.

Las causas externas son:

- la eficiente que es el agente que produce o realiza el efecto y
- la final que es el objetivo que se propone el agente al actuar.

Esta última causa es denominada “Causa de las causas”, porque de ella dependen el agente, la esencia y la materia del efecto. Sin objetivo, nada se realiza.

Existe además otra causa externa al efecto que es la idea que concibe el agente y que viene a ser el modelo de lo que va a realizar. Se le llama causa formal externa o ejemplar.

Conociendo una realidad por sus “causas” obtenemos un conocimiento completo y profundo de ella. Nuestro método será analizar la Música Sagrada por sus causas y así aparecerá, espléndida, su incomparable espiritualidad.

## **I. LA CAUSA MATERIAL**

Ante todo consideramos las causas intrínsecas o internas, es decir, las que constituyen el ser mismo de la realidad. Y primero, la causa material, que es la materia de que está hecha una cosa. En nuestro caso, la Música Sagrada está hecha con el arte de los sonidos.

Entre las bellas artes hay dos que se disputan la supremacía: la literatura y la música. La literatura es superior porque trabaja con conceptos, que son espirituales. Ello es verdad, aunque los conceptos nos muestran su belleza a través de las palabras sonoras, y cuanto más armoniosas, rítmicas y sugerentes son las palabras, tanto más expresan la belleza de la idea, produciendo el goce estético. No es lo mismo decir: “El hombre tiene una profunda necesidad de Dios “, que declamar:

¿Adónde te escondiste, Amado,  
y me dejaste como gemido?  
Como el siervo huiste  
habiéndome herido:  
salí tras ti clamando, ¡Y eras ido...! (Sn Juan de la Cruz, Cant. Esp.)

Podríamos decir que la literatura y la poesía son arte en tanto en cuanto son melodía, armonía y ritmo, es decir, en cuanto son música.

La superioridad de la música, como arte, estriba en que ella entra directamente al oído, sin intermediario de ideas, causando en el espíritu una experiencia inmediata de la belleza, que es el goce estético, y despertando en él emociones nobles y profundas.

Y si se trata del canto, tenemos aunados en él la espiritualidad de la idea con la inmediatez de la música. Es una felicísima compenetración de las dos artes supremas, que hace subir el goce estético a la cumbre de la espiritualidad.

En la Música Sagrada, el canto es la unión con la Palabra misma de Dios en los salmos, lecciones o con la oración oficial de la Iglesia en su Literatura. Esto es, nos dice el Vaticano II, lo que hace de la Música Sagrada un tesoro de valor inestimable, que sobresale entre las demás expresiones artísticas.(S.C. VI #112).

Traspasamos, en efecto las fronteras de la experiencia humana, para entrar en la patria de las experiencias divinas. No es lo mismo recitar: Kyrie, eleison, que cantar:

---

---

---

---

Ni es lo mismo rezar. “Venimos a visitarte, Virgen Santa, que cantar

---

---

---

---

Buenos días paloma blanca hoy te vengo asa -lu- dar etc.

Este es el momento de advertir que, para que una música sea materia apta para la música sacra, debe ser buena, muy buena música. Así como se escoge el oro y la plata para forjar los vasos sagrados, así como se busca la seda y el lino para las vestiduras litúrgicas, así como se trae el mármol precioso o la cálida piedra para construir los templos, así se debe tomar lo mejor del arte musical para la música litúrgica.

Porque esta música es para cantarle y tocarle a Dios, y a Dios debemos darle siempre LO MEJOR. Los ejemplos que hemos puesto no son de música elaborada o sabia sino popular, pero ¡Qué belleza! ¡Qué frescura! ¡Qué piadosa inspiración!

Así como un material demasiado duro o por lo contrario, quebradizo no sirve para hacer una estatua, así una música vulgar o sin arte, no es parte para Dios.

Dice San Agustín: “Cantadle un cántico nuevo, cantadle con maestría. Cada uno se pregunte cómo cantará a Dios. Cántale, pero hazlo bien. El no admite un canto que ofenda sus oídos. Cantad bien, hermanos. Si se te pide que cantes para agradar a alguien entendido en música, no te atreverías a cantar sin la debida preparación, por temor a desagradarle... ¿ Quién, pues, se prestará a cantar con tanto arte y maestría que en nada desagrada a unos oídos tan perfectos?” (Salmo 32, Sermón 1,7-8)

Con toda razón aquel Pontífice santo y músico, que pasó en su vida por todos los grados del ministerio pastoral, desde monaguillo hasta Papa, San Pío X, escribió en su trascendental Motu Proprio: “La música Sacra... debe ser arte verdadero, ya que de lo contrario no es posible que ejerza en el ánimo del que la escucha aquella eficacia que la Iglesia *desea* para obtener al acoger en su liturgia el arte de los sonidos”. (M.P. Principios generales, 2) Lo mismo pide, mencionando expresamente a San Pío X, el Vaticano II (S.C.VI,112), y la instrucción Musicam Sacram (4a), promulgada a raíz del Concilio.

De ahí la necesidad de que el compositor y el músico sacro sea ante todo un buen músico, más preparado y diestro que cualquier otro, pues sirve a Dios, y no a los hombres. En consonancia con este principio fundamental, el Concilio recomienda que se erijan institutos superiores de Música Sacra, (S.C. VI, 115) y la instrucción Musicam Sacram dice algo muy digno de notarse: “Siempre que puede hacerse una selección de personas para la acción litúrgica que se celebra con canto, conviene dar preferencia a aquellas que son más competentes musicalmente, sobre todo si se trata de acciones litúrgicas más solemnes o de aquellas que exigen un canto más difícil o se transmiten por radio o televisión” (M.S. 8)

El canto ambrosiano hizo llorar a Agustín de Hipona y lo llevó a la fe.

- El descreído Paul Claudel, que escuchaba por pasatiempo las Vísperas de Navidad en Notre Dame, mientras se cantaba el magnificat, cayó de rodillas convertido a Cristo.
- Un ateo norteamericano que por exigencias académicas escuchaba el canto gregoriano en la Abadía de Solesmes, de pronto empezó a sollozar y exclamó: ¡Sí hay Dios, sí hay Dios...!
- Una japonesa joven, muy culta, conoció la música de Bach y se presentó en un convento de religiosas católicas, diciendo: “Quiero conocer al Dios que inspiró esta música sublime”. Se instruyó, se bautizó y fue una excelente católica, hasta su muerte. Lloviera o nevara iba al convento a su Misa todos los días...Pero ésta era buena, excelente música. Por eso pudo llevar a éstos, y a tantos otros a Dios.

## II. LA CAUSA FORMAL

Vengamos ahora a la causa formal:

Es la esencia, lo que hace que una cosa sea lo que es, y no otra cosa. (Árbol, piedra o animal, oro, plata o cobre; rosa o violeta.)

¿Qué es, pues, lo que hace que la música sea sagrada? Musicam Sacram, lo dice, resumiendo a Pío X y al Vaticano II: Se entiende por Música Sagrada aquella que, creada para la celebración del Culto Divino, posee las cualidades de santidad y perfección de formas” (M.S.4)

De la perfección de formas, acabamos de hablar. La santidad de formas, explica Pío X con luminosidad de pastor práctico, consiste en que la música no sea profana ni en su composición ni en su ejecución. La fuente de su inspiración no es humana, sino divina: es Dios, es Cristo, su Misterio, su Iglesia. No puede ser copia de la música folklórica y menos de la música comercial, que se usa para las actividades y pasatiempos humanos. Esto es lo que se llama “profano”, lo cual no implica de por sí, que sea algo malo o reprochable, sino indica simplemente que está inspirada en las realidades humanas, hechas para fines humanos y que se ejecuta para agradar a los hombres.

Cuando se hace música para Dios, es otra cosa, es otro nivel, el arte humano se sublima en alas de lo divino: empieza en la tierra y termina en Dios. No es casualidad, sino estricta lógica, que las más bellas creaciones musicales sean obras sagradas o religiosas. Son las cumbres del arte musical: El Canto Gregoriano, la polifonía clásica, las obras de Vivaldi, Bach, Haendel, Mozart, Schubert, etc. Etc. La obra organística del seráfico César Franck, y la multitud de obras a que dió origen la reforma de San PíoX.

SANTIDAD DE FORMAS, es que la música le hable de Dios al hombre, y le sirva al hombre para hablar de Dios. Es la aplicación, a la música, de lo que el Vaticano II enseña sobre la Sagrada Liturgia como cumbre de la vida de la Iglesia: en ella “lo humano está ordenado a lo divino, lo visible a lo invisible, la acción a la contemplación, lo presente a la ciudad futura.” (S.C. Intr.2)

La música Sacra se expresa en melodías nobles, elegantes, de una inspiración sobria pero profunda. (Alleluia Ascendit Deus, greg.)

(Non ti scordar de me, popular italiano)

La armonía deberá ser al mismo tiempo robusta y fina, austera y delicada para que ponga orden en los sentimientos humanos y los lance hacia Dios. (Ave Verum S. XVIII Arch. Las Rosas)

El contrapunto por su agilidad y su textura intelectual es muy apto para hacer volar el espíritu. (¡Oh, Señor! Victoria S.XVI)

En cuanto al ritmo, debe ser tal, que más que mover los cuerpos, mueva las almas. No ritmos insistentes que aprisionan al oyente sino ritmos tranquilos y espontáneos que encaucen los movimientos del alma imprimiéndole una dirección vertical hacia la Belleza, la verdad y la Bondad infinitas, es decir, hacia Dios. Entonces se realizará de manera eminente lo que es en sí mismo el ritmo: ORDEN DEL MOVIMIENTO (Canto Ambrosiano)

En esta línea, el ritmo libre, propio del Canto Gregoriano y sus hermanos el Ambrosiano, el Galicano y el Mozárabe o Hispánico, son, como en todo, el modelo perfecto. En efecto, el ritmo libre, al carecer de compás fijo, no encarcela al oyente, sino que lo libera. Consiste en el encadenamiento de ritmos elementales binarios y ternarios libremente combinados, a los que se añade la frescura de los pies ascendentes, que no empiezan con el apoyo sino con el arsis, produciendo una gratísima impresión de novedad y de energía.

Es el ritmo de la naturaleza: el de las olas que se levantan y caen en caravana rítmica, hasta morir en la playa, o el del pájaro que traza en los aires vuelos elegantes y ágiles, ya cortos, ya amplios, al rítmico batir de sus alas, o el ritmo del viento que hace ondular a las doradas mieses en hermoso balanceo. (Com. Memento, Greg. Intr. Exsurge)

En suma: la forma o esencia de la Música Sagrada es aquella inspiración divina que imprime en todos sus elementos el sumo grado de belleza y espiritualidad.

Una palabra sobre la ejecución de la Música Sagrada. No basta que una composición sea buena, si la ejecución no es buena. Desgraciadamente se puede deformar y traicionar las obras más bellas. En el caso de la Música Sagrada, la traición sería cantar o tocar una obra sagrada al modo y al estilo como se toca y se canta en el radio, la televisión, los teatros o las salas de fiestas.

A Dios se le canta y se le toca con el arte que expresa el éxtasis, el gemido, el anhelo y el dolor, la esperanza y la posesión. Nada más lejos de la moda de los cantantes que buscan agradar al mundo con o sin arte, con o sin moral.

Acá todo debe ser espontaneidad, perfección, elevación. Escuchemos de nuevo a San Agustín: “Canta con júbilo. Este es el canto que agrada a Dios, el que se hace con júbilo. ¿Qué quiere decir cantar con júbilo? Darse cuenta de que no podemos expresar con palabras lo que siente el corazón. En efecto, los que cantan, ya sea en la siega, ya en la vendimia o en algún otro trabajo intensivo, empiezan a cantar con palabras que manifiestan su alegría, pero luego es tan grande la alegría que los invade que, al no poder expresarlo con palabras, prescinden de ellas y acaban en un simple sonido de júbilo. El júbilo es un sonido que indica la incapacidad de expresar lo que siente el corazón. Y este modo de cantar es el más adecuado cuando se trata del Dios inefable. Porque, si es inefable, no puede ser traducido en palabras. Y, si no puedes traducirlo en palabras, y, por otra parte, no te es lícito callar, lo único que puedes hacer es cantar con júbilo. De este modo, el corazón se alegra sin palabras y la inmensidad del gozo no se ve limitada por unos vocablos. ***Cantadle con maestría y con júbilo***“ (Salmo 32, sermón 1,7-8)

El “Iubilus”, es precisamente esa vocalización prolongada y lírica que corona el canto del Alleluia (Alleluia Pascha nostrum greg. Alleluia Galineau). Y lo dice San Agustín del “Iubilus” tiene exacta aplicación a la música sacra organística, hoy tan relegada, porque es una música sin palabras. (Bach, Cesar Franck)

Consideraremos ahora:

### III. LAS CAUSAS EXTRINSECAS

Son aquellas que están fuera del efecto, pero que determinan su existencia en la realidad. Y primero:

La causa eficiente: Es el que produce el efecto, el que lo realiza.

En el arte, es el creador de la belleza. En el caso de la Música Sagrada, tenemos algo de manera sorprendente: el Vaticano II nos dice que el canto sagrado, unido a las palabras, constituye una parte necesaria o integral de la liturgia solemne (S.C.VI, 112) y que por ello sobresale entre las demás expresiones artísticas. En efecto, la arquitectura, la escultura, la pintura, la orfebrería, la confección y bordado de las vestiduras y lienzos sagrados y en particular el canto, es la misma oración litúrgica, la misma liturgia en su forma más delicada, expresiva y solemne.

Ahora bien, el Vaticano II nos enseña también que toda celebración litúrgica es obra de Cristo sacerdote y de su Cuerpo, que es la Iglesia (S.C. 7). Quien hace, pues, la Liturgia y por consiguiente la Música Sagrada, es Cristo con su Cuerpo que es la Iglesia.

Evidentemente el que compone la Música Sagrada es también causa eficiente de ella. Pero la música es para oírse, no para escribirse o leerse. Su belleza no se manifiesta hasta que es ejecutada. Y quien ejecuta la Música Sagrada, es Cristo mismo con su Iglesia.

Esto significa que, cuando el lector proclama la Palabra de Dios, es Cristo quien habla, cuando el sacerdote o la asamblea ora y canta, es Cristo quien ora y canta, por nuestra voz y por nuestro corazón. “En esta obra tan grande por la que Dios es perfectamente glorificado y los hombres santificados, Cristo asocia siempre consigo a su amadísima Esposa la Iglesia, que invoca a su Señor y por El tributa culto al padre Eterno.” (S.C. 1,7)

Una vez más, San Agustín nos expone esta doctrina con su habitual maestría: “El mayor don que Dios podía conceder a los hombres es hacer que su Palabra, por quien creó todas las cosas, fuera Cabeza de ellos y unirlos a Ella como miembros suyos, de manera que el Hijo de Dios fuera también hijo de los hombres, un solo Dios con el Padre, un solo hombre con los hombres; y así, cuando hablamos con Dios en la oración, el Hijo está unido a nosotros, y, cuando ruega el cuerpo, nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios, ora por nosotros, ora en nosotros y al mismo tiempo es El a quien dirigimos nuestra oración. Ora por nosotros como sacerdote nuestro, ora en nosotros, como Cabeza nuestra; recibe nuestra oración, como nuestro Dios. Reconozcamos, pues, nuestra propia voz en El y su propia voz en nosotros” (Com. Sobre los salmos, 85,1, citado en los principios y normas generales de la liturgia de las Horas, 7)

La consecuencia para nosotros es perentoria: cuando cantamos o tocamos en la Liturgia ¿podrá Cristo reconocer su propia voz en nosotros? Cristo, en su paso por nuestra tierra, cantó muchas veces en la Liturgia del pueblo escogido, particularmente en la Cena pascual, con sus himnos propios. ¿Nos hemos puesto a pensar, con qué voz maravillosa de tenor o de barítono, con qué arte y perfección y sobre todo con cuánta reverencia y amor entonarían los cánticos sagrados a su Padre?

Cuando cantamos en la Liturgia, ¿Somos conscientes de que Cristo se está sirviendo de nuestra voz, de nuestra mente, de nuestro corazón, de nuestra persona entera, para alabar

a su Padre? Aquí, más que en ninguna otra situación, es verdad lo que proclama San Agustín:

CHRISTUS FACTI SUMUS: ¡Estamos convertidos en Cristo! Cantemos, pues, toquemos para Dios como Cristo lo hizo. Anáfora; (Pater; Tenebrae, greg.)

Pero hay más todavía: cuando Cristo ora con y en su Cuerpo que es la Iglesia, lo hace movido por el Espíritu Santo, “que es el mismo en Cristo, en la totalidad de la Iglesia y en cada uno de los bautizados”

(Princ. Y norm. Gen, de la Lit. De las Hs.8). Esto es divinamente lógico: si es verdad que es propio del que ama cantar, el canto de la Iglesia tiene que ser obra y gracia del Amor, del Amor infinito de Cristo y de su Cuerpo, que es la Persona inefable del Espíritu Santo.

En la liturgia todo es Amor: Amor de hijos al Padre Celestial, Amor de hermanos y de amigos para Cristo, Amor de posesión para el Espíritu Santo, es la raíz más profunda de la espiritualidad divina que debe alentar al canto y a la Música Sacra.

Nos enseña el Apóstol que nosotros no sabemos orar como conviene, pero que “el Espíritu mismo viene en ayuda de nuestra debilidad y ora por nosotros con gemidos inefables. ¿Cabe mayor elevación, mayor altura, mayor espiritualidad?

Y aquí surge la coherencia estupenda entre oración y música, entre plegaria y canto. Porque la música es una experiencia que no puede expresarse en palabras, como los gemidos del Espíritu Santo en nosotros. Es por tanto la música un medio de expresión altamente adecuado a la oración, siempre y cuando la música sea de tal perfección, de tal elevación, de tal belleza y profundidad, que pueda ser expresión de la acción inefable del Espíritu Santo y no un estorbo o una caricatura indigna de ella. Música que sea vehículo y no lastre, para lanzar al alma en alas del Espíritu, Amor de los amores. Tales eran los himnos, salmos y cánticos espirituales que San Pablo urgía a sus cristianos que cantaran a Dios en sus corazones (Ef 5,19-20; Col 3,16) (Sec. Veni Sancte Spiritus, etc.)

Esta compenetración increíble de Cristo con nosotros y de nosotros con Cristo, este ser invadido por la acción del Espíritu Santo, supone que cuando participamos en la liturgia nuestro espíritu está en consonancia con Cristo y su Espíritu, es decir en estado de gracia. Sin ella no cabe dicha compenetración con Cristo ni dicha acción del Espíritu Santo en nosotros, ni nuestra oración musical puede ser oración de Cristo ni gemido inefable del Espíritu Santo. **Se puede medir la espiritualidad del canto y de la música litúrgica por el estado espiritual de los que cantan y tocan para el Señor.**

A César Franck le llaman “el Seráfico” por el ímpetu espiritual que imprime a su música organística. Entre nosotros, los que conocieron al Maestro Miguel Bernal Jiménez, entre ellos las Religiosas de la Cruz, recuerdan la honda impresión que les causaba la actitud con que se acercaba a recibir la Sgda. Comunión. Y si el Canto Gregoriano es la música más espiritual, es porque la compusieron monjes y santos y la cantan monjes santos. Conozco un coro juvenil que canta música sacra, en el que los jóvenes participan en la Eucaristía no sólo cantando con amor, sino recibéndola en su corazón. Y todo el mundo pudo ver, emocionado y conmovido, al llorado Herbert von Karajan, en el Vaticano, en la memorable ocasión en que dirigió la Misa de la Coronación de Mozart, celebrando el Papa

Juan Pablo II, lo hemos visto por la T.V., decía, acercarse lleno de piedad, junto con su esposa y su hija, a recibir la Comunión de manos del Pontífice. ¡Ejemplos qué imitar!

Los coros de niños han sido fomentados siempre en la Iglesia. De San Gregorio magno leemos que él personalmente enseñaba el canto a los niños. Aquel padre de la iglesia, que con el Espíritu del Buen Pastor sacó de las ruinas del Imperio Romano una Europa nueva por el Evangelio, no consideraba ajeno ni indigno de sus cuidados pastorales enseñar el canto a los niños. A través de la historia, en los monasterios y catedrales y en tantas instituciones más, la Iglesia Católica ha cultivado con predilección las escolanías y coros de niños, algunos de ellos tan antiguos y maravillosos como la Escolanía de montserrat, que existe desde hace siete siglos, o los Domspatzen (jilgueros de la catedral) de Regensburg (Ratisbona), que acaban de celebrar los mil años de existencia. En todo el mundo perdura, a pesar de los vientos y tempestades, los Puer Cantores, que alaban a Dios con sus voces inocentes y puras.

El Vaticano II, por supuesto, no ha quedado al margen de esta tradición, recomendando: “Dése mucha importancia a la enseñanza y la práctica musical... dése también genuina educación litúrgica a los y cantores, en particular a los niños” (S.C. VI #115). Y, aquí y ahora en Colima, hemos admirado la labor meritísima del Maestro J. Jesús Frausto con su coro de niños. Lo felicitamos y nos felicitamos.

Indudablemente, la raíz profunda de esta gloriosa tradición de la Iglesia está en que los niños son puros, tienen a Dios en su alma, y por eso nadie los puede igualar en la espiritualidad de su canto.

El nuevo Misal Romano, como sabemos, ofrece tres Anáforas para la Eucaristía con niños. Estos textos están esperando compositores con alma de niños que les pongan música adecuada. Tenemos afortunadamente con nosotros al P. Máximo Pérez, S.J., que ya lo ha realizado. Esperamos con sumo interés sus palabras y su música. (Anáfora niños; El Angel) P. Máx.

Y ahora;

#### IV. LA CAUSA FINAL

Es la Causa de las Causas. Puesto que el agente nunca actúa si no es movido por un fin u objetivo, ni plasmará la forma bella en la materia: no hay nada sin el fin. Y además, del fin que se propone el agente depende el efecto, en su ser y en su manera de ser. Es el fin el que mueve al agente a crear determinada forma o belleza y a elegir la materia adecuada para crear dicha belleza.

El fin de Música Sagrada, nos dice el Vaticano II, siguiendo la doctrina de los documentos pontificios, sobre todo desde San Pío X, es la Gloria de Dios y la Santificación de los fieles (S.C.VI # 112)

La Gloria de Dios exige que en la música, como en todo, le demos LO MEJOR. “El hijo honra a su padre y el siervo a su Señor. Pues, si yo soy Padre, ¿Dónde está mi gloria? Y si soy Señor, ¿Dónde está mi respeto? (Mal, 1,6). Y continúa Dios, por el profeta: “Cuando presentáis para el sacrificio una res ciega, ¿No es un mal? Anda, ofrécésela a tu

governador: ¿se te pondrá contento o te acogerá con agrado? Dice Yahvé Sebaot (id.8) Ciertamente, ni a Dios ni a los hombres agrada lo feo, lo defectuoso, lo improvisado para salir del paso.

Un gran teólogo de nuestros días, Hans Urs von Balthasar, ha basado su síntesis teológica definitiva, en la Belleza: “La belleza, última palabra a la que puede llegar el intelecto reflexivo, ya que es la aureola que rodea a la estrella de la Verdad y del Bien y su indisociable unión. Y puesto que la religión de nuestra época se ha desligado de aquella palabra,... ¿Qué rostro (si es que todavía tiene alguno) puede ofrecer esta religión hasta tal punto despojada? (Gloria, 1, intr. P.22)

Por su parte, el Cardenal Joseph Ratzinger ha hecho las siguientes declaraciones: “La Música Sacra es en sí misma liturgia, no simple embellecimiento accesorio”. “El abandono de la Belleza” ha demostrado, a la luz de los hechos, ser motivo de “Desconcierto pastoral” (Informe sobre la fe, p.141 BAC) El Cardenal escribe: “Una Iglesia que sólo hace música “corriente”, cae en la ineptitud, y se hace ella misma inepta. La Iglesia tiene el deber de ser también “ciudad de gloria”, ámbito en el que se recogen y se elevan a Dios las voces más profundas de la humanidad. La iglesia no puede contentarse sólo con lo ordinario, con lo acostumbrado: debe despertar las voces del cosmos, glorificando al Creador” (Das Fest des Glaubens, p.109).

Así como una marcha militar no es apta para arrullar a un bebé, o como un vals no es apto para acompañar a un desfile militar, así una música vulgar, mal hecha, fea, es totalmente inepta para glorificar a Dios. Dios también tiene derecho a una música SUYA.

En cuanto a la Santificación de los fieles, una elemental honestidad pastoral nos debe impulsar a dar a los fieles una música que de veras los eleve hasta Dios, no que simplemente los atraiga por ser la de moda, sabiendo como sabemos que la moda ordinariamente es vulgar y degradante. Con esta música es relativamente fácil atraer, sobre todo a los jóvenes, pero seamos honestos:

¿De qué sirve tener un templo lleno de jóvenes que están pasando un rato a su gusto, pero muy lejos de la oración, de una experiencia seria y profunda de Dios, del Misterio?

El Concilio pide reiteradamente que haya una participación activa y consciente, fructuosa (S.C. 1,11; 11, etc.). Debe ser una participación activa, sí, pero sobre todo consciente y fructuosa, pues de nada serviría una participación muy activa, pero sin conciencia del Misterio y sin fruto espiritual. Quedaría frustrado el fin de la Liturgia y de la Música Sagrada: La Santificación de los fieles. De ahí la necesidad de que dicha música sea un vehículo que transporte eficazmente los espíritus a Dios.

La música de corte y estilo profano, comercial, transporta ciertamente las mentes y los corazones, pero al mundo, a sus realidades y situaciones, desgraciadamente muchas veces pecaminosas. Esa música, por tanto, es enemiga eficaz de la participación consciente y fructuosa.

El ya citado Card. Ratzinger declara que la experiencia ha demostrado que el atenerse únicamente a lo “comprensible para todos” no ha conseguido que la liturgia fuera verdaderamente más comprensible, sino más pobre. (Informe sobre la fe, p.141)

La liturgia es esencialmente comunitaria, pero eso no significa que sea mísera o barata (son términos del Cardenal), hay una simplicidad noble y perfecta, de la que es un ejemplar insuperable el canto gregoriano, y, en notable medida, el canto religioso popular, esas “alabanzas” que brotan espontáneas, frescas, sentidas del corazón del pueblo.

Música que sea digna de Dios, Música que santifique: comunitaria o coral, tradicional o actual, pero que santifique. (Iesus dulcis. Oh buen)

Cerramos este apartado con una nueva cita, extraordinaria, del Card. Ratzinger. “La única apología verdadera del cristianismo puede reducirse a dos argumentos: Los Santos y el arte que ha surgido en su seno. El Señor se hace creíble por la grandeza sublime de la santidad y por la magnificencia del Arte. Si la Iglesia debe seguir convirtiendo, ¿cómo puede renunciar en su Liturgia a la Belleza? Un teólogo que no ama el arte, la poesía, la música, la naturaleza, puede ser peligroso. Esta ceguera y sordera para lo bello no es cosa secundaria, se refleja necesariamente también en su teología”. (Informe sobre la fe, pp. 142-143).

Nos queda por contemplar

## V. LA CAUSA EJEMPLAR (o formal extrínseca)

Es la idea que tiene el artista creador y que va a plasmar en la materia: Bronce, mármol, tela, color, sonido.

Este ejemplar a veces se engendra dolorosamente en la mente creadora o se va plasmando penosamente en la materia, hasta que al fin queda terminada la obra de arte.

A las veces, la inspiración creadora es tumultosa, arrastrando literalmente al artista, como en el caso de Haendel, que escribió el gran oratorio El Mesías en sólo 22 días, casi sin comer ni dormir, dejándolo totalmente agotado. Cada artista tiene su proceso creador peculiar y personal.

Para la Música Sagrada, el ejemplar es, nada más y nada menos que la liturgia Celeste, Así lo afirma la Iglesia en sus documentos. El Vaticano II se expresa así: “En la liturgia terrena preguntamos y tomamos parte en aquella Liturgia Celestial que se celebra en la santa ciudad de Jerusalén, hacia la cual nos dirigimos como peregrinos y donde Cristo está sentado a la diestra de Dios como ministro del Santuario y del tabernáculo verdadero (Ap 21,2; Col 3,1, Hb 8,2) cantamos al Señor el himno de gloria con todo el ejército celestial” (S.C. 1,8)

Esta Liturgia Celeste, pues no sólo es ejemplar y modelo al reflejar la terrestre, sino que es una misma Liturgia. Por tanto, nuestro himno de alabanza ha de ser tan espiritual, que llegue a ser celestial.

Afortunadamente sabemos, por la Sagrada Escritura, cómo es la Liturgia del cielo. Isaías nos dice que vió al Señor sentado en un trono *excelso dominando* el Templo. Unos serafines, espíritus ardientes, se mantenían de pie y clamaban el uno al otro: ¡SANTO, SANTO, SANTO!...(Is 6,1ss) Es el Trisagio que la Iglesia canta en su Liturgia, señaladamente en la Eucaristía, como la aclamación suprema. La significación clara de

esta confesión es que la santidad de Dios exige en el hombre una santidad correspondiente: “Sed santos, porque Yo, vuestro Dios, soy Santo” (Lev11,44). Por eso Isaías ve venir hacia él a uno de los serafines, que, con una brasa ardiendo le purifica los labios, para que sea profeta de Yahvé. Cuando cantamos en la Eucaristía: SANTO, SANTO, SANTO, debemos, con todo el corazón, ponernos a tono con la santidad de Dios. (Ejs)

Pero en el Nuevo Testamento encontramos una espléndida descripción de la Liturgia Celestial: es toda la segunda parte del libro del Apocalipsis. En el capítulo cuarto, San Juan empieza a narrar su visión extática. Vió en el cielo un trono en el que estaba sentado Dios, lleno de esplendor y alrededor del trono 24 ancianos vestidos de blanco y con coronas de oro en su cabeza. Inmediatamente pensamos en el obispo y los presbíteros (ancianos) concelebrantes en nuestra liturgia terrena. Delante del trono hay siete antorchas de fuego, que son los siete Espíritus de Dios, ángeles de elevado rango. Aparecen, además, rodeando al trono, cuatro seres misteriosos de figura alegórica que caracteriza a cada uno. Estos personajes misteriosos “repiten sin descanso día y noche: SANTO, SANTO, SANTO, SEÑOR DIOS Todopoderoso, el que era, el que es y el que ha de venir” Al oír el Trisagio, los 24 ancianos se postran y adoran a Dios entonando un himno mientras arrojan ante el trono sus coronas.

Aparecen entonces en el centro de la escena el Cordero inmolado, de pie y glorioso. Se acerca al trono y recibe de Dios el libro sellado que nadie podía leer, y que contiene los designios de Dios sobre la humanidad.

Ahora los ancianos y los seres adoran al Cordero. Acompañándose con cítaras entonan el “Cántico nuevo” en alabanza del Cordero inmolado. Aparece una multitud ingente de Ángeles, que se unen al Cántico nuevo, y finalmente toda la creación se une también. Los seres aclaman AMEN y los ancianos se postran para adorar.

Luego les toca su turno a los elegidos 144,000 de las tribus de Israel y una multitud incontable de todas las naciones y razas de la tierra. También ellos entonan un himno a Dios y al Cordero. Cuando terminan Ángeles, Ancianos y Seres, Aclaman: AMÉN. Alabanza, gloria, sabiduría, acción de gracias, honor, poder y fuerza a nuestro Dios, por los siglos de los siglos. AMEN.

Los mártires están ataviados con vestiduras blanqueadas en la sangre del Cordero, rindiéndole culto día y noche.

Hay un momento culminante cuando aparece el Cordero, de pie sobre el monte Sión, rodeado de los elegidos, mártires, vírgenes, santos en muchedumbre innumerable. Todos ellos entonan el “Cántico nuevo” tocando sus cítaras. Es una música grandiosa como de un torrente caudaloso. El cántico que entonan es “El cántico de Moisés, siervo de Dios y del Cordero”

Resuena por fin el canto glorioso y arcano: ¡Aleluya! La infinita muchedumbre repite: ¡Aleluya!, ¡Aleluya!, ¡Aleluya! (Aleluya M. Bernal J.)

Toda la liturgia se consuma cuando aparece la Ciudad Santa, la Nueva Jerusalén, ataviada como una novia para su Esposo. Es la consumación de toda la Historia de la Salvación. Pero en la tierra, en espera de la consumación, celebramos nuestra Liturgia, uniéndonos a la liturgia del cielo. El Espíritu y la Novia dicen: ¡Ven! Y todo el que oiga

debe repetir: ¡Ven! Es la palabra anhelante de la primitiva liturgia cristiana: ¡Marana tha! (Ap 22,17; Col 16,22; Fil 4,5; Ap 22,10).

En la liturgia celeste, aparecen todos los elementos de la liturgia terrestre: Dios Padre, el Cordero Sacrificado, El Espíritu Santo, alabanza, adoración, acción de gracias, aclamaciones, postraciones, vestiduras, coronas y palmas, asamblea plenaria e incontable. Pero todo ello se reviste con el ropaje inefable y espléndido de la música y el canto.

No podemos creer que el “Cántico nuevo” del cielo y las cítaras que pulsan los millares de millares de elegidos en alabanza a Dios, sean puros símbolo. En el cielo, nos dice la fe, tendremos un cuerpo glorioso sí, pero cuerpo físico y real, con todos sus sentidos y su interioridad sensitivo-espiritual. Allá no puede faltar la música que acá nos extasía, nos eleva y nos lleva hasta Dios. Allá los genios musicales entonarán ese cántico y tocarán esa música que acá soñaron pero nunca pudieron crear, como lo expresó nuestro Miguel Bernal Jiménez en su entrañable Salmo. Y todos alabaremos a Dios con esa música celeste, divina, espiritual en sumo grado, pero música real y no simbólica.

Ante la magnificencia de la liturgia Celeste, recordemos que, según el Vaticano II, nuestra Liturgia de la tierra es una misma con la del cielo. Frente a esta realidad, tenemos que esforzarnos para poner en nuestra liturgia, especialmente en la oración musical y cantada, el máximo de espiritualidad, de belleza, de esplendor, de Amor, conscientes de que nunca podremos alabar al infinito como El se merece:

QUANTUM POTES, TANTUM AUDE  
QUIA MAIOR OMNI LAUDE  
NEC LAUDARE SUFFICIS.

(Sto. Tomás de Aquino, Seq. Lauda Sion in festo SS. Corp. Christi)

¡Que hermoso es escuchar, después de una Eucaristía con música sagrada espiritual y bella, comentarios como éste: “Estábamos en el cielo”!

Que así sea siempre nuestra música litúrgica: capaz de llevar los espíritus al Cielo.

